

RAÚL VALLEJO,
Crónica del mestizo,
 Guayaquil, b@ezeditores/
 Libresa, 2007, 40 pp.

“En cuanto a poetas buen siglo es este pero ninguno tan malo como Cervantes, ni nadie tan necio que lo alabe”, son palabras que constan en el epistolario de Félix Lope de Vega. Parece, entonces, que Cervantes no era poeta y, él mismo lo ratifica cuando alguna vez dice: “El don de la poesía no ha querido concederme el cielo”. Estas referencias a los dos grandes escritores del Siglo de Oro español se justifican en virtud de que en esta ocasión comentaremos en torno a una faceta casi inédita de Raúl Vallejo (Manta, Ecuador, 1959) a quien siempre hemos identificado como un narrador de altas calidades y un crítico de excepcional rigor y lucidez, pero nunca como poeta.

Por más que se hable de la disolución de los géneros literarios, de la posibilidad de incluirlos, de la experimentación para crear ciertas novedosas hibridaciones, la verdad es que el género sigue siendo la categoría más idónea para clasificar las obras literarias, por eso, aún en nuestro tiempo, podemos hablar de especialidades y encasillamos a los escritores. Así hablamos de Efraín Jara como un poeta, no dudamos que Raúl Pérez Torres sea un cuentista de relieve y José Martínez Queirolo sea esencialmente un dramaturgo. Incluso podría pensarse que el propio autor asume sus limitaciones y no se aventura por caminos que no le son conocidos. Así

el más fecundo de los escritores ecuatorianos, Alfredo Pareja Diezcanseco, jamás se atrevió a incursionar en el cuento y confesaba que sentía un respetuoso temor por un género al que consideraba el más complejo, precisamente por su brevedad y porque no admite ningún desliz. Es decir, en la literatura ecuatoriana son raros, muy raros en verdad, los casos en los que el autor mantiene equilibrio y aceptable nivel estético cuando incursiona en más de dos géneros. La excepción más notable es, sin ninguna duda, César Dávila Andrade, quien es una de nuestras cimas poéticas y, al mismo tiempo, suele ubicárselo, con José de la Cuadra y Pablo Palacio, entre los tres grandes maestros del cuento. En nuestros días sería ejemplo muy claro de solvencia y altura, en todos los géneros, la literatura de Jorge Enrique Adoum.

Convengamos entonces, para usar una imagen deportiva muy pertinente, que en nuestras letras son escasos los jugadores polifuncionales, los que cubran toda la cancha, los que se muevan con técnica y calidad en todos los frentes. Por eso es que el texto poético *Crónica del mestizo* (que en un gazapo periodístico imperdonable ha aparecido como “Crónica de un mestizo”) de Raúl Vallejo, a quien los lectores ya habíamos encasillado como narrador, nos sorprende en forma grata. Es cierto que su primer texto poético fue *Cánticos para Oriana* (2003), pero, para variar, los lectores de provincia no lo conocemos, no ha llegado hasta nosotros y se quedó allá en las alturas, mal podemos, por lo tanto, atrevernos a algún adjetivo valorativo. En consecuencia, para nosotros, *Crónica del mestizo* es

una auténtica revelación de un talento lírico de enorme potencialidad. Es más, creemos que, aunque normalmente sea lo contrario, es la Bial de Poesía “Ciudad de Cuenca”, la que se ha enaltecido y se ha vigorizado con la calidad del texto premiado.

Una segunda sorpresa y esta sí admirativa y envidiosa, es la constatación del excepcional manejo de los tiempos por parte de Raúl Vallejo. En efecto, como se suele decir, se da tiempo para todo: está de profesor y rector, está de columnista de un periódico, convoca concursos, asiste a eventos culturales, dirige revistas de arte e incluso hoy está de Ministro de una actividad en la que nada sucede, porque todo es sosiego, tranquilidad, remanso y calma, la educativa. Y, sin embargo, escribe. Y, sin embargo, publica. E incursiona en géneros inéditos. Y, con categoría. Y, con un muy alto nivel.

La explicación de esta extraña y envidiable polifuncionalidad quizás la dé el propio escritor cuando dice que la literatura es su manera de ser, en tanto que lo demás es una forma de estar en el mundo. Admitamos pues que Raúl Vallejo es un escritor que está de Ministro y pese a ello, como decían los antiguos, no ha dejado la pluma y sigue enfrentándose al acoso textual y a la apasionante tarea de desafiar a las palabras y extraer de ellas el máximo de fidelidad y coherencia con lo que piensa y lo que siente.

En cambio, nosotros, agobiados por el tiempo, la preparación de exámenes, los goles de los negritos del Juncal que nos reconcilian con el optimismo, con un mínimo de certezas en un piélago de incertidumbres, no hemos podido

hacer un análisis detenido, profundo, exigente de este poemario, lo que hubiera sido lo digno y lo ético.

Solamente diremos que *Crónica del mestizo* es una confesión recia y honrada de un hombre solidario. Con más exactitud: un poeta solidario. Un poeta al que le duelen las limitaciones, los vacíos y complejos de su clase, las traiciones, la apatía y, sobre todo, la falta de conciencia de nuestra identidad, de lo que acaso somos y de lo que debemos ser. Es que, emparedados entre una herencia presuntamente blanca española y una sangre indígena que queremos ver lejana o ya diluida, no hemos sido capaces de construir nuestra identidad y, lo que es más grave, no hemos visto al otro, no lo hemos valorado, porque siempre intentamos comprenderlo cuando en realidad correspondía respetarlo y, al indio, no lo hemos sentido como parte de nuestro ser y nuestra esencia.

Refiriéndose a la poesía de Enrique Noboa Arízaga, Dávila Andrade dijo que le hizo “sentir la ardiente desgarradura de la humanidad”. Desde esa perspectiva debe ser vista esta *Crónica del mestizo* que nos conmueve sí, pero también despierta nuestra solidaridad militante. Porque hierde y enoja. Porque la denuncia así, a secas, sobre la perversa indiferencia con la que hemos contemplado las históricas rebeliones indígenas –creo, entre paréntesis, que la gesta de Fernando Daquilema merecía por lo menos una línea, un verso, un segmento– es vibrante y lacerante, grandilocuente y sonora, pero no está exenta ni el poeta renuncia a la ternura. Es que Vallejo parecería tener fe, profunda fe en las posibilidades de tras-

endencia de la poesía, en su carácter ancilar, no porque se ponga al servicio de un credo político o una doctrina religiosa, no porque descienda a nivel de cartel o de panfleto partidista, sino porque sensibiliza, porque nos alienta en la búsqueda de nuevos senderos y utopías. Y podemos llegar a las metas cuando sepamos bien de dónde partimos, cuando nos sintamos orgullosos de nuestras raíces, cuando, como dice el poeta, “dejemos de cantar con la voz prestada”.

Sin ser ninguna autoridad, ni falta que me hace, me atrevo a afirmar que *Crónica del mestizo* se constituye en un emblema de la poesía solidaria y este solo libro ya le concede al autor un lugar definitivo en el contexto de la poesía viva y eterna de la patria.

FELIPE AGUILAR
UNIVERSIDAD DE CUENCA